

Jonas: TERAPEUTA... y sus implicaciones contratransferenciales

Diana Goldin-Bouhsira

Varias razones me impulsan a hablarles de Jonas. En primer lugar, este niño me sorprende todo el tiempo, tanto por sus síntomas como por sus logros. Cuando me propusieron presentar este caso, me pregunté en qué lengua iba a hacerla. La lengua, cuestión central en mi trabajo con Jonas.

El español es mi lengua materna y conozco las consecuencias del cambio de idioma en ciertas curas. Sobre todo en la de Jonas: está rodeado de abuelos que están más presentes que sus propios padres y sólo hablan español.

Por lo demás, como portavoz del Centro Binet, me parecía importante presentar un paciente para quien el lugar de la Institución es fundamental. El Centro Binet es un sitio privilegiado para hacer posible este trabajo.

Cuando me pregunté qué título le daría a esta presentación, ya antes de planificarla y de escribir algunas líneas pensé en "Jonas: TERAPEUTA..." Desde que apareció su padre en una sesión, este tema no se me fue de la cabeza.

Seguiré un movimiento asociativo que partirá de la intrusión del padre hasta culminar en Jonas invistiendo el rol de terapeuta. Volveré luego, para hacer más clara mi exposición, a ciertos aspectos del encuadre y la historia del tratamiento.

El padre de Jonas irrumpe en momentos de comenzar una sesión. Dice tener cosas urgentes que decirme e impone su presencia en mi consultorio. El señor P. está muy conmovido e inmerso en una corriente de profundo arrepentimiento. Habla y llora mientras me cuenta de qué modo, fuera de sí, se encolerizó con su hijo. Dice: 'Soy culpable', no puedo contenerme. Cuando Jonas hace algo que está al margen de 'mis leyes', no lo puedo soportar. Me enfurezco y me vuelvo agresivo y desenfrenado... Reacciono de manera brutal, sin proporción con la causa, un puro desborde. Me doy cuenta de que mi hijo me tiene miedo, yo le doy miedo. Y esto me hace sentir culpable. Señora Bouhsira: soy yo al que hay que atender. Pierdo la cabeza y mi agresividad me asusta." Continúa durante varios minutos en el mismo tono. Me pide una derivación, se informa sobre los horarios del centro para adultos, habla de sus horarios de trabajo, etc. Yo intento tranquilizarlo manifestándole lo positivo de su actitud y esperando que su expectativa se concrete...

Me digo que este padre ha hecho un enorme trabajo consigo mismo desde

que lo conocí, y que actualmente están dadas las condiciones para que pueda recibir ayuda. Antes, ni siquiera imaginaba tener algún problema, siempre suponía que todos los errores venían de afuera.

Pido al señor P. que nos deje solos a Jonas y a mí para que no sienta que le han robado por completo su sesión. Percibo al niño muy conmocionado, pero incapaz de hablar de todo cuanto acaba de presenciar. De inmediato desvía la conversación, haciendo como que no ha pasado nada.

Habla de otra cosa y me muestra cómo en la escuela hacen sumas con racimos de uvas. Repite esto en el pizarrón, en forma minuciosa, hasta que la sesión termina.

La sesión siguiente:

Jonas me dice: ¿Jugamos?

Yo: ¿Jugar? tendrás miedo de hablar?

Jonas: Después veremos...

Yo: ¿Después?

Jonas: Es que estoy siempre muy triste...

Yo: ¿Triste?

Jonas: Sí, pienso en mi padre, estoy preocupado. No quiero dejarlo. Pero mi madre también quiere verme y en el taxi lloré pensando en mi padre. Quería quedarme con él.

Yo: ¿Pensando en tu padre en mi consultorio?

Jonas: Sí, cuando lloró y me pidió perdón por haberme gritado.

En las tres o cuatro sesiones siguientes, Jonas vuelve a hablar de su dolor cuando se marcha a la casa de su madre y abandona a su padre.

Fue a la luz de esta viñeta clínica cuando sentí la tentación de titular este trabajo: "Jonas: terapeuta...?"

Porque me parecía que él tomaba muy en serio su papel. El era el garante y el protector de su padre.

Asocio inmediatamente con el primer encuentro con Jonas, cuyo sentido acabo ahora de comprender por entero: su función de terapeuta ante su madre.

Conocí a Jonas, o más bien al aglomerado Jonas-su madre, cuando él tenía tres años y medio. Una sesión inolvidable. La madre, muy angustiada, entra a mi consultorio con un bebé (en realidad un varoncito ya crecido) aferrado a ella furiosamente que comienza a aullar, llorar y gritar ¡NO! sin parar durante toda la sesión. Un niño de más de tres años, o sea, lo bastante robusto como para colocarnos en una situación dramática. Pienso que nunca tuve una experiencia

parecida y mi gran problema en ese momento era saber cómo hacerlo callar o cómo eyectarlos de mi consultorio cuanto antes.

Jonas, con su fuerza y su empecinamiento, al impedir a su madre hablar y a mí oír lo que fuere, me obligó a interrumpir la sesión, tanto por el Centro como por mí misma. Me resultaba totalmente imposible encontrar la manera, de palabra o de hecho, de hacerlo callar o de brindarle a la madre alguna posibilidad de tranquilizar al niño y calmarlo. Se trataba de una situación repetitiva en la que el niño se aferraba a ella hasta formar ambos un ser único e indiferenciado. Entre los gritos, la señora P. consigue hablar de su impotencia, de este bebé aullante y mudo (Jonas no hablaba) al que era imposible dejar. Me dijo que estaba obligada a llevarlo consigo, aun cuando estaba en el baño porque jamás se separaba de ella... Sus gritos de horror cuando intentaba separarse de él eran tan estruendosos y terribles que se sentía obligada a dejarlo pegado a ella.

Me dijo que esto era lo más sorprendente, ya que antes, Jonas rechazaba todo contacto con ella.

La señora P. había tenido poco después del parto un momento difícil con su bebé. No podía ocuparse de él, era incapaz de hacerlo. Los abuelos paternos y el padre se hicieron cargo. Ella ni siquiera podía tocarlo. Jonas rechazaba todo cuidado y todo contacto con la madre. Se sentía deprimida, abandonada y rechazada por su bebé. Después tuvo un segundo niño: Joaquín. Y la relación con Jonas no se compuso. Se sentía sobrepasada, pensaba que era una mala madre.

Más tarde, la actitud de Jonas cambió. Como si quisiera tranquilizarla, se pegó a ella para no dejarla más. La madre dice: "Eso fue cuando yo estaba muy mal y entonces empecé a tener ideas negras en la cabeza".

Los aullidos y llantos de Jonas hacían muy penosa la situación para la madre y para mí. Jonas reaccionaba como en una visita médica en la que se lo estuviera por vacunar. Ya era demasiado... Tenía fantasías de que lo cortaban, lo trituraban... detengan esta carnicería, pensaba.

Pensé: un niño de más de tres años que ni siquiera dice mamá... Una madre desesperada y sin límites... Otro bebé en alguna parte... E incluso, el anuncio de la inminente separación de los padres.

"Mi marido, decía ella, es brutal y agresivo, estamos en plena separación, vivir juntos es imposible. Hay conflictos entre mi familia y la suya. El dice que toda la culpa es mía y que yo rechazo a Jonas. Estoy desbordada, deprimida y necesito ayuda."

Di una nueva cita a la madre y me planteé la cuestión de las defensas autísticas de Jonas. Esto, pese a la percepción del vínculo fusional que los unía.

La madre era una parte más de Jonas y cualquier separación equivalía a arrancarle un pedazo suyo. El balanceo continuo, la ausencia de mirada y de lenguaje hacían pensar en una organización autística ya muy instalada.

Intenté descubrir el modo en que este encuentro me había impactado. La amplitud de la cuestión ponía de nuevo sobre el tapete toda mi experiencia clínica y mi vivencia como analista de niños, sobre todo en los tratamientos de niños autistas que habían estado a mi cargo.

En general, reflexionamos sobre nuestra clínica de manera longitudinal. Tomamos una sesión o un paciente y trabajamos diferentes momentos de su cura, su evolución, los movimientos tránsito-contratransferenciales y en particular los problemas planteados en un momento dado que nos llevan a interrogarnos o eventualmente a desarrollar un tema teórico que nos interesa.

En cambio, la idea de pensar en nosotros como receptáculos y autores de situaciones clínicas muy diferenciadas entre sí, de entrever los lazos que se anudan entre nuestras diferentes experiencias, se me aparece como un trabajo mucho menos frecuente y que nos interpela sobre criterios diferentes de la perspectiva longitudinal. Estamos ciertamente modelados por situaciones clínicas diversas y variadas. Tomarse el trabajo de reflexionar sobre las interacciones entre todas estas experiencias tan particulares nos conduce a una forma de introspección, a un trabajo de elaboración singular al que nuestra contratransferencia es convocada en primera línea.

Así como distinguimos en nuestras sesiones tales o cuales temas teóricos que en ese momento nos interesan, es indudable que la escucha de los pacientes transmite a nuestro psiquismo ciertas incidencias de las sesiones que resultan muy movilizadoras para nosotros.

En el encuentro con la señora P. y su hijo, tenía frente a mí un mundo cerrado y solitario en el que la presencia del otro era eliminada y donde se establecía un juego abusivo de dependencia, control, poder, dominación sobre sí mismo y su cuerpo, convertido éste en caparazón destinado a poner distancia con el mundo exterior.

Me di cuenta entonces de que la madre de Jonas me comunicaba muy pocas cosas de sí misma y de la historia familiar. Historia que pude reconstruir poco a poco en el correr de las sesiones y gracias a repetidos encuentros con distintos miembros de la familia.

La presentación de la señora P. era dolorosa en todos los aspectos, y la relación cuerpo a cuerpo con Jonas no transmitía más que sufrimiento.

Pensé en esas defensas que convierten al cuerpo propio en instrumento de

presión, de tortura, constituyendo una unidad amo-esclavo.

Se trata del dolor que liga a ciertas modalidades autísticas con el fin de paliar un sufrimiento psíquico inaudible e innombrable.

Los terrores primarios (Tustin) y las agonías primitivas (Winnicott) inundan la clínica del autismo. Acercarnos al dolor psíquico nos implica en lo más profundo de nosotros mismos, y por esa razón el encuentro con el niño autista es primeramente, en el aspecto contratransferencial, una experiencia singular y penosa.

El dolor del autista se sitúa más allá del principio placer-displacer y de los elaborados regímenes que organizan la vida psíquica, lo cual nos permite concebir la existencia de afectos arcaicos ya en sus comienzos. Dichos afectos expresan una pulsión, representando así un trabajo mental en unión con el cuerpo, y funcionan en regímenes económicos extremos. Están en búsqueda de forma, figuración, ligadura y elaboración.

Pero sabemos que, para hacer posible un trabajo de elaboración psíquica, es preciso que el niño lo inscriba en la relación con el otro. Cuando el niño no encuentra en la relación precoz el apuntalamiento psíquico necesario para transformar sus afectos dolorosos, se ve obligado a utilizar maniobras calificadas de autísticas. Tal vez podamos reconocer en ciertas organizaciones psíquicas ese dolor sin fondo que nos habla de afectos aún no ligados, imposibles de figurar y compartir; estaremos también ante defensas que adoptan las mismas formas autísticas, es decir, ante una expresión de la pregnancia de lo corporal, de lo sensorial, mezclada con la dificultad para vivir subjetivamente estos sufrimientos arcaicos.

El exceso intolerable del dolor constituye una experiencia eminentemente destructiva, "sin nombre" (Bion), e impulsa al niño a implementar procesos de supervivencia como el congelamiento psíquico, la ceguera mental, la ausencia, el desmantelamiento, la inhibición vincular o la constitución de una segunda piel (estereotipias, balanceos rítmicos, formas y objetos autísticos, etc).

El acceso al lenguaje será fruto de un inmenso trabajo. En este sentido, un segundo eje de reflexión concierne a las condiciones que permiten al niño simbolizar y figurar, para después poder verbalizar y comunicarse.

Tal como lo he descripto en relación con los dolores psíquicos, me parece que en cuanto a la posibilidad de la simbolización y el habla, designamos otro campo en el que las fallas de simbolización, así como el encierro en un lenguaje privado, nos conducirán a establecer nexos con ese aspecto particular de los autistas de rehusarse a la palabra y su dificultad para entrar en el simbolismo.

Vemos bien de qué modo, en la clínica de los autistas, movimientos naturales del niño como el mimetismo, el lenguaje y la comunicación serán fruto,

en los mejores casos, de auténticas hazañas; con frecuencia, resultado de años de penosa labor. Creo que todas estas etapas pueden servirnos para comprender mejor las carencias de simbolización, la confusión de lenguas e incluso los elementos de la relación y la comunicación que a menudo faltan en nuestros pacientes. Refiriéndose a la simbolización y a los inicios de la comunicación, Alain Gibeault pone el énfasis en la dimensión pulsional del trabajo psíquico y en el duelo que éste implica. La simbolización es definida "como la operación por la cual algo va a representar algo para alguien; si bien esto la presenta como sustitución de un objeto por otro, la simbolización es ante todo resultado de un proceso que supone tanto la capacidad de representar un objeto ausente como un sujeto capaz de saber que el símbolo no es el objeto simbolizado". La clínica nos invita constantemente a considerar la simbolización como el trabajo de una psique enfrentada a la doble realidad que constituyen la pulsión y la ley.

Es verdad que pensar es pensar a partir del propio cuerpo, transformar las sensaciones del cuerpo en representación, asociarlas a una expresión lingüística en una urdimbre dirigida al otro de modo tal que el sujeto, sin desistir de sí, sepa dar cabida al lenguaje compartido.

La labor del terapeuta se enmarca, sin duda, en la preocupación por mantener una investidura progrediente, y esto sobre todo en el trabajo con niños. Ahora bien, ¿cómo describir esta labor? Las metáforas no son pocas: envoltura afectiva que permite al niño autista, por ejemplo, investir algo del otro. Y, en el mejor de los casos, echar los primeros mojonos de un trayecto que lo conducirá progresivamente a diferenciar el interior del exterior. Movimiento oscilatorio que da la alerta en caso de pérdida de investidura, de desinterés, aunque esta prevención no sea absoluta y no carezca de fisuras ni de líneas de fuga. La apuesta es conservar el interés del sujeto hacia su simbolización sin hacer ver en su deseo de fundar (en la intimidad de una relación que a partir de entonces se volvería dual) el goce especioso de un símbolo exclusivamente privado por carecer del menor arraigo social. En relación con esta problemática, vuelvo a pensar en Jonas y en los movimientos progredientes vinculados a su adquisición del lenguaje.

Después de varias sesiones en las que estaba presente su madre, Jonas aceptó verme solo. Las sesiones eran repetitivas y en ellas se mostraba muy inestable, muy tónico, pues pasaba de una cosa a otra, no hablaba y tampoco escuchaba mis palabras ni mis historias; de pronto se ponía a correr por los pasillos mientras yo intentaba traerlo de nuevo al consultorio. Tomaba unos objetos tras otros y los arrojaba con fuerza. Yo me sentía carente de recursos e impotente para contenerlo, hasta el momento en que me puse a imitarlo arrojando tizas a la

papelera: fue así como se organizó el primer juego. Cada uno arrojaba las tizas a su turno y, cuando éstas entraban en la papelera, yo decía "bravo" y aplaudía; él hacía lo mismo. Su primera palabra conmigo apareció pocas sesiones después: "bravo".

Ahora tiene seis años y está bastante bien. En comparación, por supuesto, con el niño inexistente, mudo y sufriente que conocí a sus tres años y medio. No tiene nada que ver con el Jonas aterrado de entonces. Progresa día a día y, como suele ocurrir con estos niños a los que llaman autistas, es singularmente bello y atractivo.

Pero si pensaba en él, no era por sus progresos sino, en rigor, por la relación particular que tiene siempre con el lenguaje. En una sesión reciente, Jonas interrumpe su dibujo, me tira de la manga y exclama: "Bouhsira, Bouhsira (él suele llamarme así), mi maestra no está bien". Otra vez terapeuta?

Empieza a comprender la metáfora, las imágenes simbólicas, pero queda el peso de la palabra, percibida como una cosa y que lo retrotrae a sus temores y angustias. Se había tocado efectivamente su pitito.

Aunque sus temores y angustias estén superados, están siempre listos para salir a la superficie. Se podría pensar cuál sería su destino sin el espacio de las sesiones. Podríamos preguntarnos también qué posibilidades tendría Jonas de interrogarse sobre el sentido de las palabras.

En la escuela no entienden lo que sucede. Contra lo esperado, estudia sin problemas pese a que querían enviarlo al hospital de día y decretarlo incapaz de cursar el preescolar. Lo único que subsiste es su diferencia. "Es raro", dicen. Jonas parece no saber qué esperan de él en la escuela.

Desentona, habla de su familia.

En definitiva, podría decirse que habla una lengua extranjera. Y es ciertamente mi propósito la interpelación acerca de lo extranjero de una lengua, de todas las lenguas!***

La línea de mi trabajo me llevaría a decir que cada paciente habla su propia lengua. Que en cada oportunidad debemos tratar con lenguas diferentes que nos ubican, como analistas, en la situación de tener que descifrarlas, comprenderlas, soportarlas y, sobre todo, respetar tanto su naturaleza propia como su hegemonía. Hacemos de dobles, de *coequipers* a los cuales los pacientes podrán proponernos compartir, de un modo especular, un mundo y un lenguaje. En los casos afortunados, trabajando con mucha humildad y paciencia, lograremos abrir de a poco sus horizontes y entonces, gracias al vigor de nuestra relación, ellos podrán aventurarse en tierras extrañas con algo menos de angustia.

Angustia siempre presente en nosotros cuando debemos decidir si tomaremos en tratamiento a niños tan raros y tan disminuidos. Para el analista existe una tentación habitual de "escabullirse", de actuar como la familia, que en general se enfrenta a problemas demasiado graves como para poder mostrarse solícita con estos niños. Jonas hizo muchos progresos después de mi demanda de verlo dos veces por semana. Hablé en mi equipo del centro Binet de las enormes dificultades que tenía con su familia y con él. Comprendí la imposibilidad de este tratamiento. Y de golpe, al hablar, me di cuenta de que, inconscientemente, yo quería abandonado, como su familia. Me decía: "¿Por qué debería hacer más que ellos?" Si ellos no eran confiables, ¿por qué iba a intentarlo yo?... Planteé entonces la necesidad de dos sesiones semanales y el tratamiento ganó en amplitud. Jonas decidió que podía tenerme confianza, que yo no era alguien más que nuevamente le rehuía. Yo estaba dispuesta a entrar en su mundo, lo que implicaba no entender nada y aprender su lenguaje. El asumió su responsabilidad en las sesiones. Es él quien tira a sus abuelos de la manga diciéndoles que hay que ir a ver a Bouhsira, que ya hace mucho... Ella nos espera. Para esto fue preciso que hubiese empezado a hablar.

Puede resultar sorprendente, pero yo misma me impido etiquetarlo como autista. Cuando los niños salen del autismo gracias al análisis y mejoran cada vez más, hay quien dice que tal vez no eran autistas. Sin preguntarse qué destino los esperaba si no nos hubieran encontrado a nosotros. Cuando estoy frente a un niño, prefiero pensar que, en el punto en que está, se encuentra en su mundo, con su entorno, con su problemática, y que nosotros intentaremos entrar en contacto con él y marchar juntos para abrir una posibilidad que le permita tener en cuenta el mundo nuestro. Conversar con nosotros, escribir, leer, tener un lugar en la escuela. Porque un niño queda rápidamente marginado... La experiencia social (escuela, educación) puede ser muy agresiva y despiadada con los niños. Ya a partir de los cuatro años les ponen notas, los juzgan, los seleccionan. Mientras que hay niños que necesitan tiempo porque todas estas exigencias los asustan. Han sido traumatizados, dejados en el camino, y necesitan seguridad para aplacar sus angustias, mientras se les permite ser ellos mismos con sus diferencias.

Dada la rapidez con que los individuos y las lenguas deben adaptarse y asumir hábitos familiares, algunos necesitan dejar con ese fin pedazos de sí mismos, pero esas fallas aparecen más después, ya sea en los defectos de simbolización o en un encierro en el que el lenguaje constituye una seudo-comunicación; como si, con todas las coerciones ambientales, los individuos debieran "normalizarse" para recorrer en la vida las etapas previstas. Sin embargo,

quedarán de sus personas partes ocultas que habían resistido a todo cambio. Estarán "petrificados" quizás por emociones demasiado intensas e imposibles de elaborar, por miedos demasiado poderosos, por traumatismos que les cerraron el camino. A veces, la tensión máxima exigida por la adaptación a la sociedad los deja extenuados, privados de fuerzas, pues han utilizado sus energías hasta agotarlas. El terror sin nombre puede presentar formas distintas en muchos pacientes, lo mismo que la enorme energía empleada por algunos para "aguantar" y salir de dificultades.

Creo que estos sentimientos de miedo y terror ejercen una fuerte acción sobre el psiquismo, pero, el acompañamiento de los niños autistas ha hecho que tales sentimientos se puedan detectar mejor.

Menciono el dolor psíquico y el terror como dos elementos que impiden a los niños desarrollarse, pensar y alcanzar el simbolismo, la comunicación y el lenguaje.

Hablo también de las lenguas extranjeras y de los desmesurados esfuerzos por hacer entrar esas lenguas "personales" de nuestros pacientes en un registro de comunicación y de relación interpretable.

Además, es interesante señalar que Jonas es un niño producto de una mezcla de lenguas (español + francés), lo que evoca mis propios orígenes y mis experiencias personales de extrañeza y de flotar en la vaguedad y la imprecisión.*** Esto nos lleva una vez más a la contratransferencia.

¿Qué ponemos nosotros en estos términos? En cierto modo, a quien un analista debe seguir no es al niño autista; yo diría que son las capacidades contratransferenciales del analista las que permitirán a un niño autista no tener miedo. Miedo de aliarse o no con alguien para poder renunciar a sus defensas autísticas y dejarse guiar en el descubrimiento del mundo. Y de los vínculos con los otros.

Las sensaciones vividas por todos los sentidos son asumibles solamente cuando se las puede compartir. De lo contrario, pueden asustarnos demasiado.

Estos son los primeros elementos que intervienen en la relación con un terapeuta cuando un niño autista siente que puede confiar y mostrarse sin velos.

El ritmo que va a escandir el tiempo y el espacio permitirá después escandir los movimientos y las palabras, el habla.

El ritmo nace sin duda del ruido (defensa autística por excelencia), que se vuelve ritmo cuando, de manera especular, es recibido, retenido y reenviado por el otro.

Pero la cuestión central es siempre la de las condiciones que hacen posible la existencia de este otro, pues el niño dominado por un miedo infernal se

resguardará en su caparazón y perderá cualquier distancia propia.

Cuando se reconcentra en sus movimientos de cierre y aseguramiento para enfrentar el miedo al otro y a lo desconocido, percibe a alguien que se le parece, un doble, una continuidad de sí mismo, pero no lo encuentra en su propio interior.

El primer ritmo es ver-no ver: el ritmo de las sesiones. Las separaciones vacacionales permitirán organizar el vaivén de los días, de las estaciones. Las idas y venidas son un ritmo con el cual se puede jugar de modo que van perdiendo su carácter de cataclismo y abandono, de trauma y soledad sin fin.

Efectuado tempranamente, este trabajo consistente en la deconstrucción de los efectos de traumatismos precoces que impidieron el desarrollo normal permitirá al niño constituirse y ocupar su lugar en nuestro mundo.

Pero el tiempo es muy corto, y es preciso librar una verdadera batalla para lograr que los estragos no sean demasiado grandes y que el salto hacia el mundo no resulte imposible.

Al trabajar con niños muy pequeños, nos percatamos de la rigidez de nuestros sistemas de escolarización y socialización.

A veces el niño deja de avanzar y, perdidas las posibilidades de desarrollo propias de su naturaleza, queda amurallado tras sus propias defensas. Ciertos elementos de la evolución y la construcción de sí están irremediamente perdidos. Cuando aprendemos una lengua extranjera después de los 20 años, no lograremos hablarla como hablamos nuestra lengua materna.

Hablar de lengua extranjera y de contratransferencia es imaginar que se está, como es mi caso, frente a un mundo desconocido, con lazos débiles y muchas incertidumbres; buen lenguaje para el trabajo de analista.

Pienso que haber vivido experiencias de exilio, tener una gran curiosidad, poder definirse en continuidad con uno mismo frente a situaciones inesperadas y difíciles de dominar, nos da elementos de continuidad interna que hacen posible la permanencia abierta y permeable a los mundos de los demás.

Poder responder al dominio dejándose manipular por el mundo de los otros, sintiendo interés y placer, exige una posibilidad de apertura igual a la que sienten los viajeros cuando marchan por caminos ignorados en un país cuya lengua no comprenden. País que los atrae como un enigma a descifrar.

Diatkine solía decir que una primera sesión de análisis es como el inicio de una partida de ajedrez. Hay una primera jugada de apertura. Luego viene el despliegue de la respuesta del otro, donde una vida secreta comienza a perfilarse.

Todo el misterio de la apertura de un ser naciendo con respecto a una historia reside en esa manera tan particular en que cada cual se presenta frente al

otro. Del mismo modo, un sueño que se repite podría concebirse como algo que es preciso comprender, descifrar, o como un mensaje codificado procedente del más allá. Imposible de olvidar, el sueño se repite.

A veces hay escenas que se constituyen como sueños. Y que son, como en el ajedrez, una síntesis de todo lo que descubriremos durante el desarrollo del juego, del espacio y del tiempo.

Volvamos atrás, a pocos días después del primer encuentro.

Una noche, al volver de la Opera, mientras caminaba por un barrio oscuro, me tomó con su mano una mujer muy elegante y alegre que salía de un bar. Era la señora P., quien, al agarrarme, me dijo: "Señora Bouhsira, ¿qué anda haciendo por aquí? Pase, la invito a una copa.

La señora P. intentó conducirme al interior de ese bar cubano muy de moda. Mi negativa la decepcionó, mientras me hacía ver que se encontraba en cierto modo como en su casa. Me dijo que nos veríamos entonces en la cita siguiente.

Esa proximidad, esa falta de límites daba fe de una gran confusión y de una gran desorganización en la señora P., así como de una enorme demanda de relación, pero esta última duró poco tiempo. Apenas nuestras citas permitieron a Jonas entrar solo en mi consultorio, los acompañamientos sucesivos (padre, abuelos maternos y paternos, en ese orden) cesaron y no volví a ver a la señora P. hasta un año y medio después, cuando me trajo a Marco, su segundo hijo, que derivé al doctor Jacques Angelergues.

En la actualidad, la señora P. vive con un cubano en una casa distante de Paris, y no sé bien quiénes están con los niños. Supe por Jonas que los cuida la madre cubana del compañero de su madre, que no habla francés. El es el único que me da informaciones sobre la familia.

Como pueden ustedes imaginar, los acompañamientos y la presencia de Jonas son aleatorios, se realizan en total desorden y falta de lógica, lo que me permite comprender su gran dificultad para situarse.

Veo muy poco a los padres, muy de vez en cuando. En general, son los abuelos quienes se turnan para traerlo. Después de la separación de los padres hubo una decisión de compartir la tenencia alternando las semanas: una semana en casa del padre, quien vive, de hecho, con sus propios padres; son ellos los que se ocupan de todo. Y una semana en casa de la madre, que vivía también con sus padres. En la actualidad ella vive con su compañero cubano, y comparte su semana de tenencia materna con su padre y su madre. Cuando está en casa de su padre, Jonas asiste regularmente a sus sesiones, pero esto se torna aleatorio cuando la tenencia corresponde a su madre o a sus abuelos.

Jonas tiene mucho trabajo. Debe enseñar francés al amigo de su madre y también a la nueva abuela, a quien su hijo trajo de Cuba y que vive ahora con la señora P. y su compañero. Por momentos, Jonas me habla de su madre que espera un bebé, luego el bebé ha desaparecido y mamá está triste... El teme por su salud.

Las actitudes de Jonas y sus preocupaciones son adultomórficas. Me comunica problemas de electricidad. Y tú sabes, hay que pagar el gas. "El taxi le cuesta caro a mi madre." Trabaja mucho, sabes, mi madre...

"A ti, te adoro", me dice. Yo lo entiendo así: tú eres la única que no me trae demasiados problemas. La única en mi entorno inmediato que no necesita que me haga cargo de ella. Durante largo tiempo sentí una lucha de poder entre nosotros: Jonas se empeñaba en mandar en todo, en tener razón, y yo no conseguía que me atendiera. Pero poco a poco me fui sintiendo segura con él y a veces me hago respetar con bastante dureza; tiendo a establecer la ley y a mostrarle lo ventajoso que sería para él escucharme, por lo menos de tanto en tanto, es un movimiento de avance muy lento y que lo tranquiliza.

En clase, muchas veces la cosa se desborda porque le cuenta a la maestra que su abuela cubana no podrá venir a buscarlo. "Mire, ella no sabe hablar..."

"Bouhsira, qué bonito tu collar. ¿Te lo compró tu papá?"

Hubo un momento en que se prendió de Harry Potter y pudo organizar juegos, ser un niño: dibujar y hacerme dibujar. Imitar a Harry Potter, pero siempre están lo real y lo exterior para impedir estos movimientos. Es tanto lo que hay para hacer y para ver con esta tribu que al parecer él dirige, que no le queda tiempo para jugar. Su interés por el juego se ve rápidamente superado por todas esas contingencias que lo deshacen. Pero además, ese juego es difícil de estructurar porque él tiene que ganar siempre. Le es preciso dominar todo. Las leyes del juego son cambiadas en función de sus intereses y de su manera de comprender las cosas. No es posible ayudarlo ni enseñarle nada. El no confía. No quiere aceptar nada de mí. Los objetos son tan poco confiables, que Jonas aprendió a hacerse a sí mismo y a darse confianza según su nivel y sus posibilidades.

Esto da lugar a una constante confusión de generaciones y géneros. Poco a poco intentamos ir colocando algunas piedritas en esta organización, pero su solidez y nuestra dificultad para transformarla nos llevan de nuevo a la cita de René Diatkine. En su artículo "El psicoanálisis ante el autismo infantil precoz", dice: "Al comienzo, las palabras de la interpretación, como las palabras de los demás, no significan más que presencia, y cuán problemática, del otro. Nada hace pensar que encuentren una necesidad de sentido en el niño. Si puede esbozarse un movimiento, es porque el psicoanalista —en el tiempo y espacio que tiene

asignados— puede ser diferente tanto de la madre del niño como del modelo abstracto de una madre que habría representado un buen 'continente'. Todo terapeuta confrontado con un niño autista va a comprobar rápidamente que este no es ausencia de organización, acumulación anárquica de funciones elementales, ni siquiera sujeto de angustia o de desdicha. Ese niño está sólidamente organizado y es objeto de angustia para los demás."

En la función del psicoanalista confrontado con la cura podemos observar las vicisitudes de la contratransferencia y las limitaciones que nos son propias.

En el caso de Jonas, el peligro es que también el psicoanalista pueda desorganizarse frente a la amplitud de la locura familiar... Por momentos, la situación se torna traumática, imposible de despejar y pensar.

Cuando subrayamos el papel de la contratransferencia, lo hacemos en este sentido. Que coincide con la posibilidad misma del tratamiento, razón por la cual adherimos a la idea de que cada paciente lo es para un analista determinado. La viabilidad del trabajo de cada analista es particular, y todo tratamiento es realizable en un encuentro posible. Habría muchísimo que agregar sobre este tema. Mi intento en esta exposición fue crear o recrear, transitando ciertos recuerdos del tratamiento de Jonas, imágenes, escenas presentes en mi mente y que se transforman en instrumentos de trabajo vivos, movimientos que me permiten crear lazos, explorar paisajes desconocidos con una sensación de familiaridad.

No se trata sólo de comprobar que no existe un autismo único, sino muchos. No sólo los pacientes son muy diferentes unos de otros sino que, además, cuando los procesos se instalan, serán también diferentes entre sí. Lo que ha cambiado radicalmente es la actitud, la manera de acercarse al autismo y en esto residen la fuerza y la dimensión que, por mi parte, concedo a la contratransferencia y a las actitudes singulares de un analista determinado cuando debe ocuparse de un paciente específico.

La bidimensionalidad y el desmantelamiento de los objetos son conceptos que cobran vida y se concretan en los tratamientos de autistas, pero, a nuestro entender, también están vigentes en muchos tratamientos de adultos. Sobre todo si pensamos en el desmantelamiento que afecta a la vivencia del tiempo y del espacio. En ocasiones, el autismo puede ser puesto en relación con el fenómeno del "idiota sabio", donde se percibe que hay una mentalidad diferente en acción.

Estas diversas asociaciones confirman quizás nuestra necesidad, como analistas, de recibir a este tipo de pacientes con una imaginación creadora que nos permita advertir la significación de las cosas alejándonos de la cosificación.

Estos tratamientos nos conducen por el camino de la creatividad y de la

coproducción, en una expansión del crear-hallar vivida por el paciente como un nuevo nacimiento y, por nosotros, como un objeto inesperado surgiendo de nuestra capacidad de mentalización.

NOTAS DE TRADUCCIÓN

* Kiki es una es una expresión francesa de aliento, vamos! adelante!(N. de la T.)

** En el original, *zizi*: en lenguaje infantil, pene. (N. de la T.)

*** Los términos "raro", "extranjera" y "extrañeza" corresponden a tres vocablos franceses derivados de una misma raíz: respectivamente, *étrange*, *étrangère* y *étrangeté*. La traducción literal no nos parece aquí adecuada. (N. de la T.)

Descriptores: Autismo - Lengua materna – Rechazo - Significación